

LENGUAJE Y SÍMBOLO

Damaris Madrigal López¹

El contexto social está dispuesto para que el individuo descubra al que le es semejante y para que los que le son semejantes lo descubran a él, este proceso es un juego de símbolos que operan al interior del marco social. Algunos de los elementos que funcionan como entes significantes son de tipo lingüístico y otros no lo son, como la mirada por ejemplo. Con la mirada el ser humano visto pierde cualidades de persona, puesto que se cosifica, se ve al semejante como se ve a un mueble, dado que el acto de mirar no discrimina solamente a aquello que posee una esencia animada, se limita a la observación, al encuentro de la mirada con el objetivo. La mirada se vuelve importante en el momento en que se puede entrar en una distinción de los seres y objetos apreciados, y se crea un simbolismo definido no por aquello que es mirado sino por el ente observador, como medio para definir su identidad individual y para llegar a identificarse con la colectividad; es justamente ese

proceso lo que va definiendo la configuración de los diferentes grupos culturales, sociales y étnicos. Aquí resulta fundamental el postulado hegeliano que propone que "la autoconciencia es real solamente en el tanto en que reconoce su eco en otra persona"; por lo cual, el ser humano necesita definir a los demás para poder definirse él mismo y con esto lograr un grupo de pertenencia, que no le sea hostil y que le permita un desarrollo aceptable en la comunidad. El proceso de definición de los otros no necesariamente es lingüístico, pero sí se expresa en forma lingüística y es justamente la lengua la que resalta las diferencias entre los grupos, más que tender a igualarlos. Por ello, el estudio de los enunciados lingüísticos no puede ser más que una reflexión sobre lo simbólico, sobre aquello que resulta representativo y significativo al interior de la cultura.

Desde el punto de vista semiótico se habla de tres clases diferentes de signos, una primera clase es la llamada

¹ Licenciada en Lingüística, Profesora del Departamento de Antropología, Universidad de Costa Rica.

indicios, que son aquellos signos que de alguna manera introducen un concepto mayor, por ejemplo el oscurecimiento del cielo y la reducción de la temperatura ambiental hacen suponer que pronto lloverá, se trata de un elemento que básicamente indica otro; otra clase se compone por los iconos, que son aquellas imágenes muy semejantes en la forma, pero de diferente tamaño, realizadas a escala y que permiten de una manera muy lineal identificar el elemento al que se refieren, a esta clase pertenecen los mapas, las imágenes de los santos, las fotografías, etc. La tercera clase está conformada por los símbolos, que son considerablemente más opacos, puesto que la única manera de saber a qué elemento hacen referencia es por medio de un conocimiento social, cultural, antropológico y lingüístico, dado que su sentido está construido por estructuras extralingüísticas en combinación con las lingüísticas. El símbolo en nada se parece al elemento que se refiere, su significado está determinado por algún tipo de convención que opera al interior de una cultura o un grupo social. Sin poseer el conocimiento de las estructuras que rigen el contexto de los símbolos es prácticamente imposible atinar su valor dentro del marco en que son empleados; por ejemplo, pertenece al grupo de los símbolos un anillo de matrimonio, puesto que no hay nada en el anillo como tal que permita reconocer que quien lo porta verdaderamente es una persona casada, solo el conocimiento del mundo real deja suponer que ciertamente es así. Los símbolos son los más complicados de todos los signos, pues a pesar de que la

persona los va adquiriendo y reconociendo, conjuntamente con el valor que tiene dentro de su realidad, este valor no siempre es preciso y exacto; además, no es infalible, bien se podría suponer que quien lleva un aro en su dedo es una persona casada y no ser así, del mismo modo que se podría suponer que una persona es soltera porque no lleva el anillo y ésta puede ser casada.

Dentro del grupo de los signos símbolos se encuentra el lenguaje, el código lingüístico es de absoluta convención social, puesto que no hay nada en los elementos de la lengua que hagan suponer el significado de una palabra con solo escucharla, los símbolos lingüísticos son elementos arbitrarios a los que se les asigna un valor y este puede cambiar según el grupo social que lo emplee, la generación, el sexo del hablante o la escena física. Aquí, lo que resulta importante es que independientemente de todos los factores que pueden influir para que un símbolo lingüístico adquiera, pierda o cambie de significado, los hablantes siempre reconocen su valor y lo emplean con un alto grado de acertividad.

El dominio del lenguaje es una destreza de naturaleza social, psicológica, biológica, cultural y lingüística, que le permite a los hablantes desarrollarse en su entorno, pero esta capacidad está mediatizada por la habilidad con que interioricen el valor de esas destrezas. Las personas llegan a adquirir éxito social en la medida en que logran manipular los elementos simbólicamente más representativos para su grupo. Así, en nuestro medio, en

donde el silencio es valorado negativamente y la producción lingüística en situaciones públicas es valorada en forma positiva, resulta que es prestigiosa aquella persona que se expresa con claridad y elocuencia, independientemente de la profundidad de su enunciado; sin embargo, en otras culturas, como las asiáticas, en las que el silencio posee valor, además de conceptualizarse en ocasiones como oportuno, se juzga en forma positiva aquellas personas que lo producen, tanto como a quienes se expresan en forma adecuada en otros momentos. De ahí que el lenguaje esté asociado intimamente al concepto de símbolo, no solamente por ser uno en sí mismo, sino porque es un elemento desdoblado, con dos momentos simbólicos, el propiamente lingüístico, que es un poco lineal, gramaticalizado, homogéneo y predecible, y el otro, el símbolo paralelo, el no intencional, el que siempre aporta más información que la que está en el nivel del sintagma y que a la postre, resulta considerablemente más significativo que el primero. De hecho los hablantes siempre reciben en forma similar lo que se dice, pero la diferencia está en lo que se entendió a partir de allí, en el valor subyacente del enunciado, que es lo que pragmáticamente dirige a los sujetos de una comunidad.

Desde este punto de vista, interesa el estudio de la etnografía de la comunicación, que es uno de los ejes del desarrollo antropológico, su objetivo se dirige hacia el análisis de las diferencias simbólicas lingüísticas en el proceso

comunicativo y por ende de interacción entre las culturas y entre las subculturas.

El ser humano dentro de su contexto diario desarrolla un discurso que le permite conceptualizar el entendimiento de la vida social en la que está inmerso; además, ese mismo discurso le proporciona una clave de acceso a la realidad, como un mecanismo para desarrollar su sentido de pertenencia al grupo, cualquiera que éste sea. Así, la lengua opera como un instrumento y su sentido está determinado por el valor cultural que cada comunidad le otorgue a los elementos por ella denominados.

Los grupos culturales se definen en términos de identidad, cohesión y sentido de pertenencia, estas palabras no son más que símbolos lingüísticos que se cargan de contenido semántico. El proceso parece un poco tautológico, puesto que la autoimagen de los pueblos se constituye en el lenguaje y se define a través del lenguaje; sin embargo, el mejor medio que los pueblos encuentran para comunicarse, relacionarse y definirse es justamente la lengua.

La imagen social y la autoimagen se construyen a partir de símbolos, estos símbolos son llamados diacríticos sociales y operan como ubicadores en el contexto de las comunidades. Los diacríticos pueden ser realmente superficiales y lineales, dentro del proceso de identidad, por ejemplo, el tipo de vestimenta que se asocia con las diferentes profesiones o los bienes a los que supuestamente tiene acceso un grupo social determinado; de ahí que para sentirse parte de ese grupo hay que poseer esos elementos simbólicos para

reafirmar en forma tangible la pertenencia.

Por otra parte, existen elementos diacríticos más complejos, por tratarse enteramente de procesos conceptuales, que se encaminan más a definir conductas, diferencias grupales, a promover cambios y también a controlarlos; además, con ellos opera el discurso moral y el discurso político de los pueblos. Sin embargo, como esta categoría simbólica es más inmaterializable y difícil de visualizar, se manifiesta por medio de estrategias lingüísticas que el hablante adquiere, incorpora, conoce y practica en su desarrollo comunicativo diario, aunque no reflexione sobre el mecanismo como tal. De ahí surgen situaciones complejas estructuralmente, como las ironías, los sarcasmos, y las vacilaciones, se presentan como juegos verbales, en apariencia inofensivos, pero que reflejan toda una cosmovisión y un patrón de conducta social. Básicamente el hablante promedio es consciente de este hecho y por eso practica estas estrategias verbales. A pesar de que el individuo común no posee el conocimiento para expresarlo en forma científica, lo hace a través de la misma sabiduría popular, de ahí la frase "de broma en broma la verdad se asoma", porque el hablante sabe que adquiere el conocimiento de su verdad a través de la palabra.

Desde este punto de vista, la lengua posibilita extraer una serie de información social, antropológica, psicológica y por supuesto lingüística que trasluce las estructuras en las que se mueven los hablantes, esas estructuras

representan la cultura de cada pueblo y el conocimiento que el hablante mismo desarrolla sobre su realidad, lo que le permite reproducirla si le es funcional o cambiarla si es improductiva en su mundo. Por lo tanto, la cultura se configura a partir de símbolos, algunos de ellos lingüísticos, pero todos conocidos y percibidos por el individuo, de lo que se desprende que la cultura y la identidad no son más que una imagen conceptual y una necesidad que el individuo posee sobre sí mismo y que debe compartir con otros seres a los que considera, entonces, miembros de su sociedad, de su mundo.

El individuo se mira a sí, se etiqueta y se valora con los mismos parámetros con los que juzga a los demás, no siempre cumple con la rigurosidad en la aplicación de la escala, pero por lo general toma en cuenta los mismos aspectos. Esta situación se detecta a través del discurso, lo que se refleja por la frecuencia y la coincidencia de términos léxicos sobre conceptos autoevaluativos y conceptos que evalúan al otro.

Quizás uno de los ejemplos más ilustrativos en el empleo de símbolos lingüísticos como determinantes en el proceso identitario lo constituye el uso de los términos ladino e indígena. Según la primera cualidad mencionada de los símbolos lingüísticos la discusión debería centrarse tomando como foco un problema de definición lexicográfica. Es decir, qué es ladino y qué es indígena; sin embargo, la realidad antropológica está fuera del diccionario y no es un asunto que se pueda superar con un análisis y

una construcción sintáctica más académica. La verdadera importancia de esta oposición está dada por la imagen que de sí mismos y de los demás proporcionan estos conceptos a quienes los emplean; por lo tanto, aquí opera la segunda cualidad de los símbolos; que es decir más allá de lo que en apariencia se dice.

Esta distinción es particularmente productiva en Guatemala, puesto que la población guatemalteca se define a sí mediante el empleo de los vocablos ladino e indígena. Cada individuo se nombra con uno de estos dos conceptos, su situación personal no permite que un agente externo determine en forma superficial si se trata de uno o de otro, es la persona la que se define como perteneciente a un sector de la población y ese distanciamiento le permite practicar o no algunas conductas determinadas, porque el olvido de los límites en el comportamiento social podría ocasionar una identificación con el grupo al que no se desea pertenecer.

Originariamente, ambos grupos poseían una serie de rasgos que tenían un sentido social en oposición a los españoles; por lo tanto, las diferencias eran de orden social, cultural y racial; sin embargo, el asunto racial ha decaído como símbolo distintivo y se han revitalizado los aspectos sociales y culturales como ejes definitorios.

Los indígenas se consideraban culturalmente puros y practicaban ciertas costumbres que, a su vez, eran un símbolo de su pureza cultural, mientras que los ladinos, que son indígenas que han adquirido el idioma y algunas otras

costumbres de los españoles, se permiten otras prácticas culturales, lo que en modo correlativo los excluye del grupo "puro" indígena.

El empleo de un vocablo u otro, además, refleja cantidad de prejuicios, puesto que para la perspectiva del indígena su posición es más auténtica, está más cargada de identidad y su grupo es más legítimo que el del ladino, que se ha dejado contaminar con las costumbres, el idioma y la religión de los blancos.

Por su parte, los ladinos se consideran más evolucionados en el desarrollo social y cultural, ya que la lengua española les ha dado acceso a otro círculo y esto les permite evaluar al indígena como falta de evolución o como ente al inicio de la evolución.

Se crea la imagen simbólica de un *continuum* cultural en el que se ubican en los extremos el indígena por una parte y el español por la otra, y los puntos intermedios son ocupados por los ladinos. La imagen del *continuum*, en sí, promueve valoraciones y por lo tanto prejuicios. A pesar de tratarse de un concepto horizontal, lo que debería suponer más igualdad entre los elementos implicados, reduce la situación a términos como izquierda y derecha, que se corresponden con negativo y positivo; puesto que el *continuum* es semejante a la recta numérica, lo que se evoca es toda una serie de conceptos ya instaurados en la sociedad en donde lo prestigioso es arriba, blanco, derecho y positivo. Por lo tanto, se espera que en aras de evitar la estigmatización los que están abajo, a la izquierda, en lo negro y

en lo negativo se esfuerzan por avanzar hacia la derecha y se parezcan a los que gozan de prestigio.

Culturalmente, el lugar del indígena es a la izquierda en este *continuum* y el de la derecha es el del blanco, heredero directo de la cultura europea. Así, las culturas intermedias interpretan como un ideal el extremo derecho. Con lo que se establecen entonces algunos grados de ladinidad.

Un primer grupo que apenas ha dejado de ser indígena es llamado indígena modificado (se conservan vestidos distintivos, actividad religiosa masculina, la cocina de tres piedras sobre el suelo y la integridad de la comunidad). Luego se encuentran los indígenas ladinizados (aquí ya han desaparecido los trajes distintivos, la lengua es el español, se conserva la actividad religiosa masculina, muy influida por la católica, también se conserva la cocina sobre el suelo en tres piedras y el grupo está territorialmente separado; además deja de transmitir cultura indígena a las generaciones más jóvenes). El punto siguiente lo ocupan los ladinos, que se identifican como tales, son descendientes genéticos y culturales de los indígenas, pero la generación de padres ya no promovió la cultura indígena en ellos, sino que se "asimilaron" a los patrones de conducta de la población blanca.

Una vez en este punto, el ladino siente que lo que le resta para alcanzar el ideal, únicamente es lograr *status* social y "purificar" la especie, de modo que las generaciones que le sigan sean de piel más clara.

Ejemplos como este se podrían proponer aún más, en cada comunidad se dan situaciones semejantes, tal es el caso del inglés criollo limonense, para el que también se propone un *continuum*, en el que el criollo jamaiquino ocupa la posición izquierda y el estándar londinense el que ocupa la posición derecha.

El hablante limonense, que se ubica en un punto intermedio, supone entonces que cuanto más se acerque al estándar deja de ser menos dialecto su variedad lingüística y la convierte más en una lengua; sin ser consciente de que tan prestigiosa es una variedad como la otra. Pero el problema de fondo no es solo la lengua, sino todo el proceso histórico cultural de dominación que hubo durante la trata de esclavos, dominación que fue exitosa debido al poder del lenguaje y a su capacidad para imponer sistemas de dominación.